

Don Juan Szychowski, un pionero polaco, un nuevo modelo de trabajo para la Argentina.

Al comenzar el siglo XX, llegaba a Buenos Aires Juan Szychowski, un niño polaco que se convertiría en un gran empresario argentino. Acompañado por sus padres, hermanos y otras familias provenientes de Galitzia se instalaron en la Provincia de Misiones, donde habrían de luchar incansablemente en medio de las adversidades de la vegetación y del clima tropicales. Con el tiempo Don Juan logró hacer de su pequeña chacra inicial una de las mayores plantas industriales yerbateras.

En esos años la República Argentina definió su perfil agroexportador y su política de poblamiento. Por entonces se desarrollaron algunas economías regionales caracterizadas por la explotación agroindustrial, la orientación hacia el mercado interno y el uso de una tecnología simple.

La yerba mate fue uno de los productos que caracterizaron a esta época y al recientemente creado Territorio Nacional de Misiones. Utilizada primero por los aborígenes y explotada luego por los jesuitas, que la convirtieron en el cultivo básico de la economía de sus reducciones, se transformó en el principal cultivo de Misiones hasta el presente.

Los jesuitas inicialmente combatieron su consumo hasta que percibieron que su ingestión les permitía a aborígenes no necesitar otro alimento durante mucho tiempo; y que, dirigiendo su ciclo biológico y cuidando su explotación, estaban frente a un producto de gran valor económico. Estudiaron a fondo el difícil proceso de germinación y dotaron a cada reducción con un yerbal propio.

En todas las reducciones fundadas entre 1618 y 1632 se cultivó yerba mate. Esta actividad servía también para fijar al aborigen a la tierra, evitaba sus fugas y así se lo podía proteger mejor de los asaltos de las malocas brasileñas. El cultivo fue tan importante en la economía regional que llegó a superar las exportaciones de cueros vacunos de Buenos Aires.

Luego de la expulsión de los jesuitas en 1768, el territorio se convirtió en un lugar de población nómada, de bandidos y marginales. Durante el siglo XIX se explotaban los yerbales silvestres, sin criterio ni reglamentación. En el período 1850-1900 eran consumidores de yerba mate la cuarta parte de la población del Perú, la tercera del Brasil, la mitad de Bolivia y la totalidad de la Argentina, Chile, Paraguay y Uruguay.

La explotación extractiva estuvo asociada con una inicua explotación de la mano de obra, sometida en los obrajes a durísimas condiciones. El desarrollo del cultivo de la yerba y la colonización de algunas áreas con inmigrantes polacos y ucranianos cambiaron las características de la explotación y definieron la fisonomía social de la región.

Entre 1900 y 1925 la economía basada en los yerbales silvestres cedió paso a la del cultivo. El desarrollo de este producto estuvo ligado al hecho de ser, junto al tabaco, el único que podía absorber los altos fletes, aspecto inevitable de tener en cuenta a principios de siglo para cualquier actividad productiva en la zona. Además fue decisivo para el progreso la conquista de los ríos Paraná y Uruguay, así como el mejoramiento de los caminos y construcción de puentes comunicando las distintas zonas del territorio, surcado por múltiples arroyos.

Las condiciones físicas de Misiones, particularmente su relieve accidentado, sus innumerables ríos y arroyos y la selva densa, hacían de las comunicaciones un elemento de fundamental importancia. La principal amenaza era el aislamiento, que cobraba mayores dimensiones cuando los ríos crecían y se desbordaban. Sin olvidar que el gobierno nacional no hacía nada en materia de caminos y puentes, con lo cual se retardó el proceso de ocupación del espacio y se favoreció el aumento de los fletes.

Los territorios nacionales en esos tiempos eran entidades políticas muy abstractas. Sus gobernadores sólo ejercían un poder relativo. Las decisiones se tomaban en Buenos Aires, así por ejemplo, la tierra fiscal y la formación de colonias era repartida y decidida desde la Dirección Nacional de Tierras, la construcción de las escuelas, de los caminos y de los puentes también dependían de organismos con asiento en la Capital. En otros términos, diversos organismos, muchas veces inconexos entre sí, tenían el dominio real del espacio de las gobernaciones. El papel del gobernador se veía reducido a las tareas de coordinación de las distintas políticas y a gestionar las obras necesarias ante los distintos ministerios.

Pero si superar las dificultades geográficas era importante, el poblamiento del territorio era indispensable para el progreso agrícola. El siglo XIX concluyó con la aparición de un nuevo factor que modificó las características del poblamiento misionero: la creación de las colonias de Apóstoles (1897) y Azara (1901). Se trató de inmigrantes polacos y ucranianos que fueron trasladados directamente desde Buenos Aires para instalarlos en un espacio ya mensurado y subdividido a estos efectos. El gobernador Lanusse inició la nueva política de colonias agrícolas en el norte del país.

Uno de los aspectos más importantes de la política colonizadora y agrícola era la tierra y su tenencia. El 3 de febrero de 1876 el gobierno nacional logró el tratado definitivo de límites con el Paraguay, que lo fijaba en el curso del río Paraná y en octubre del mismo año se sancionó la “Ley Avellaneda”, ley de Inmigración y Colonización por la cual el Estado Nacional y el Gobierno de la provincia de Corrientes comenzaron a otorgar contratos de colonización en extensas fracciones.

El 20 de agosto de 1877 el gobierno correntino ofreció tierras al gobierno nacional para establecer colonias agrícolas, y es así como se crearon por ley pueblos y colonias sobre los antiguos asentamientos jesuíticos, que fueron quedando en buenas intenciones hasta la federalización del territorio.

Hacia 1881 dicha federalización era un hecho inminente y Corrientes debía ceder el espacio misionero a la Nación. El 20 de diciembre el Congreso Nacional aprobó el proyecto de ley que separa los territorios, pero previamente, en el mes de junio la legislatura correntina había autorizado a la Poder Ejecutivo provincial a vender las tierras de Misiones.

En una noche se repartieron casi dos millones de hectáreas, es decir, dos tercios del territorio misionero. Veintinueve compradores montaron una escena de ficción y adquirieron las parcelas. Ello significó un término medio de 70.000 hectáreas por comprador. Pero hubo un titular de 607.464 y dos que adquirieron unidades superiores a 300.000 hectáreas.¹

Sin embargo, parte de la superficie quedó libre por un error de mensura, pues había más tierra de la que se puso en venta. Se cree que el origen de esta equivocación fue el desconocimiento de la distancia exacta entre los ríos Uruguay y Paraná. Fue en este reducido espacio donde se concentró la actividad colonizadora impulsada por el gobierno nacional. En un remate público del Gobierno Nacional, un año más tarde se vendió otra cantidad, pero esta vez con dos importantes condiciones: no más de 40.000 hectáreas por comprador y exigencias de poblamiento.

Las condiciones y el sistema de explotación que imperaron en Misiones en estos años de economía extractiva ponen de manifiesto que el gobierno buscaba preservar la zona de los yerbales como tierras fiscales. En éstas no se podían construir viviendas permanentes ni hacer cultivos, por esta razón el Gobernador Lanusse sostenía que “explotar la yerba mate en la forma que el reglamento actual establece, es fomentar y mantener el desierto permanente”, en su lugar proponía “entregar las tierras de yerbales al dominio particular y, en vez de castigar con multas las plantaciones agrícolas que puedan hacerse en los montes y la construcción de habitaciones permanentes, fomentar una y otra cosa, imponiéndolas como obligación a los que adquieran dichas tierras.”²

Renacido el cultivo de la yerba mate se necesitaba superar la germinación de la semilla. Aquello que conocían los indios y los jesuitas ahora necesitaba ser redescubierto. Carlos Thays desde el Jardín Botánico de Buenos Aires, Benedetto desde Colonia San José y otros fueron los primeros en lograrlo. Pablo Allain organizó las primeras plantaciones del siglo XX y transmitió el saber a los colonos.

El proceso de colonización agrícola minifundista del sureste de la provincia de Misiones tuvo carácter propio y diferenciado del resto del país. Mientras que los otros proyectos colonizadores se

desarrollaron en base a una infraestructura de servicios que cumplía la función de soporte del proyecto colonizador, como ser caminos, puentes, líneas férreas, establecimientos educativos, centros sanitarios, etc., en el caso de la colonización polaco-ucraniana la experiencia se produjo en un sentido inverso: la infraestructura fue surgiendo luego del asentamiento de los colonos y en la mayoría de los casos fue por propia iniciativa de los colonizadores. Fue el impulso de despegue de las fuerzas productivas y como exigencias de estas que la infraestructura comenzó a generarse.

Otra característica de este proceso de colonización minifundista fue la asignación de tierras a una población inmigrante llevada de ex profeso. En el año 1900 llegó un segundo contingente de inmigrantes polacos y ucranianos a la zona de Apóstoles.

Entre ellos estaba Don Julián Szychowski y su esposa, Karolina Padanowski, junto a sus tres hijos: Teófilo, Elena y Juan. Habían dejado Borszczów, en su Galitzia natal para partir rumbo a Alemania, donde pensaban tomar un barco con destino a Canadá. Todos sus sueños de libertad y de trabajo estaban puestos en el Bremen, un vapor que los transportaría a América del Norte.

En medio del viaje el Bremen sufrió un desperfecto y finalmente los pasajeros debieron pasar a otro vapor. No sólo cambiaron de barco, sino de destino: ya no se dirigían a Canadá sino a Buenos Aires. En ese mismo barco llegó también Doña Bronislada Kruchowski, una niña que más tarde sería su esposa. Mientras se realizaron los trámites de residencia en la Argentina permanecieron abordo hasta que fueron alojados en el Hotel de Inmigrantes de la Rotonda, que era un barracón de madera y de chapas de zinc, con la forma de un polígono de dieciséis lados. En uno de sus patios funcionaba la Oficina de Trabajo. Este organismo centralizaba los pedidos y las ofertas laborales, a solicitud de los interesados o por intermedio de las oficinas y comisiones auxiliares de inmigración dispersas por todo el país, regulando la disponibilidad de mano de obra con la demanda y encargándose de la internación en las provincias. Julián Szychowski debió dirigirse allí para pedir que los trasladaran a Colonia Esperanza, provincia de Santa Fe, para instalarse junto a los inmigrantes agricultores que estaban trabajando allí desde 1856. Ya no había más lugar y se decidió que todo el contingente polaco-ucraniano fuera enviado a Misiones, donde ya había gente de la misma nacionalidad instalada allí desde 1897.

Desde Buenos Aires remontaron el río Paraná hasta llegar a la ciudad de Posadas donde desembarcaron en el viejo espigón de madera con las pocas pertenencias traídas de Europa. Y caminaron por la antigua Bajada Vieja, cargada de historias, aventuras y esperanzas. Desde allí partía el “mensú” del Alto Paraná, emborrachado para que no se negara a embarcarse y pocas veces se lo veía de regreso y si lo hacía eran sobras, imágenes dolorosas de las crueldades sufridas por los “capangas” explotadores.

De allí el traslado se hizo en unas pesadas carretas hasta Apóstoles, donde aún quedaban restos del pasado jesuítico, sus ruinas, sus naranjales y sus yerbales. Los 60 kilómetros de recorrido demandaban entre dos y cuatro días de viaje agotador.

“El cuadro era impresionante e imponente. Todo el pueblo, precedido por autoridades salieron al encuentro de la caravana la que subiendo y bajando las irregularidades del suelo, se adelantaba a paso lento como una inmensa serpiente, cuya cola se perdía a lo lejos. Grandes y pesadas carretas tiradas por una tropa de bueyes, adornadas con ramas verdes y hojas de palmas recién cortadas, llevando mujeres y niñas con sus pintorescos trajes y ropas bordadas de vivos colores, algo que recordaba a Bizancio y Oriente, seguían una tras otra con un penetrante gemido de sus ejes. Otras cargadas de inmensos baúles de madera pintada, tapices, cajones, útiles domésticos y carros desarmados se entremezclaban unos con otros, rodeados de hombres en trajes exóticos que los acompañaban a pie y de jinetes improvisados que seguían a caballo, acompañando unas tropillas de ganado, comprado por el camino.”³

El administrador de la colonia, José Bialostocki, consiguió que el proveedor de la misma cediera su galpón para que fuera utilizado para albergar a estos nuevos inmigrantes. Pero viendo que no era suficiente, pidió la colaboración de los colonos, quienes recibieron en sus casas a los recién llegados hasta que se procediera a la inmediata distribución de los lotes rurales. El grupo fue llevado a la colonia, a unos catorce kilómetros, donde iniciaron la construcción de viviendas precarias, de adobe y paja, y la labranza del suelo.

“Yo vine con mi familia desde Polonia a los diez años. Llegamos a Buenos Aires, unas mil familias en un solo grupo, y vinimos a Posadas por el río, en barco. Luego anduvimos en carros tirados por bueyes durante cuatro días hasta llegar a Apóstoles.

El gobierno estaba dando tierras libres a los colonos, 25 hectáreas por familia, y algo más por cada hijo. Mi padre recibió 50 hectáreas. Era una región salvaje. No había nada para comer y ningún lugar donde comprar algo, incluso aunque nosotros hubiésemos tenido dinero.”⁴, recordaría años más tarde Don Juan.

El grupo que llegó en esta oportunidad tenía características muy particulares, pues traía dinero, gran cantidad de equipaje, útiles de labranza, carros e imágenes sagradas, y una custodia que sería para la nueva iglesia de Apóstoles. Por primera vez, en el año 1900, los caminos colorados serían recorridos por el “carro polaco” tirado por caballos que reemplazaría a la vieja carreta de bueyes. Quizás este haya sido el primer aporte a la actividad yerbatera. Un productor yerbatero paraguayo fue quien percibió las ventajas de este nuevo medio de transporte y lo puso en práctica, organizando las “carreras” de polacos. Este nuevo sistema permitía ahorrar tiempo y alivianaba la dura tarea de los hombres y niños que manejan las tropas de mulas.

“Estableciendo en 140 kilos el promedio del peso conducido por las mulas en los lugares donde se las cuida, y en 950 kilos el de los carros polacos, se comprenderán fácilmente las ventajas económicas de este último sistema de transportes, que, dentro del peso indicado, permite la supresión de tres mulas, animales cuyo precio oscila en el Alto Paraná entre la cantidad de \$90 a \$100 en que se venden en Posadas (...). Remarca aún más las expresadas ventajas, el dato, rigurosamente exacto de que la duración del tiempo empleado en el transporte se reduce a la mitad en la práctica de dicho sistema.”⁵

La familia Szychowski se instaló en el lote 283, en el Ensanche Sur y recibió, como los demás colonos, una yunta de bueyes, elementos de labranza y semillas de maíz, con el objetivo del desarrollo agrícola de la zona. Construyeron una habitación grande que era cocina, comedor, parte de dormitorio y un cuarto para los padres. Utilizaban un clásico horno polaco, donde cocían las carnes y harían el pan con el fruto de sus cosechas. Don Julián bautizó a su chacra “La Cachuera”, por la cascada que se encontraba en su campo. Cachuera es la versión castellanizada de la voz portuguesa “cachoeira”, es decir, cascada.

Fueron tiempos muy duros para estas familias que no estaban acostumbrados al calor abrazador de los climas tropicales. Enfermedades extrañas o el veneno de las mordeduras de las serpientes segaban las vidas de los hijos. Se alimentaban principalmente de mandioca y aprovechaban la abundancia de animales silvestres que los proveían de carne. Debieron esperar dos años para comer pan, ya que las hormigas y los carpinchos diezmaban los plantíos de maíz.

En un primer momento cultivaron maíz y arroz, y en 1920 comenzaron con la yerba mate, pero los productos obtenidos en sus chacras no lograban venderse a precios razonables, que les permitieran llevar una vida sin ahogos financieros.

“En el primer año, mientras crecían los cultivos de granos, mandioca y porotos de los colonos, el gobierno nos abastecía de porotos negros, algo de harina y fideos. Pero, —dice Juan— los inmigrantes estábamos siempre hambrientos.

Recuerdo el segundo año, cuando tuvimos nuestra primera cosecha de maíz”, sonrió. “Nosotros lo cosechamos a mano con una piedra y cuando mamá horneó el primer pan fresco, toda la familia vino desde el campo a comerlo caliente. Nada supo tan rico desde entonces. Pero debieron pasar cuatro años antes de que alguno de nosotros tuviera realmente lo suficiente para comer.”⁶

Al poco de llegar, Juan comenzó a trabajar como aprendiz en el taller de herrería de Palazcewski. Tenía 18 años cuando montó su propia herrería, donde fabricaba herrajes para carros de carga y de paseo.

En 1910 comienza el noviazgo de Don Juan con “Broña”, su compañera de travesía. El padre de ella había muerto en 1905, dejando a su esposa con seis hijos y uno en camino. La mujer sólo contaba con sus hijos para enfrentar la vida, las niñas quedaron a su lado para ayudar en las tareas domésticas, mientras los varones fueron enviados al colegio. Esta historia se volvería a repetir en las distintas familias y en las distintas generaciones. La escuela no era una prioridad para las niñas, sino para los niños. Luego de un año de noviazgo deciden casarse. La novia tenía 16 años y el novio, 21. Mientras ella se hacía cargo de la casa, Don Juan se ocupaba de su taller, y comenzaba a hacer un torno, empresa difícil de acometer por la falta de dinero. Su padre había comenzado a imaginar la construcción de un molino de maíz, ya que había un buen caudal de agua y pendiente para mover una rueda, que daría energía suficiente para fabricar féculas y harina de maíz e iniciar la venta de un producto semi-industrializado. Don Julián no llegó a ver su sueño realizado, pero su hijo puso todo su empeño para construirlo e iniciar las actividades industriales de La Cachuera, exactamente en el mismo predio que les fuera asignado al llegar y que aún hoy es el centro de una de las empresas más importantes de la región.

Este grupo de inmigrantes polaco ucraniano no había sido aceptado por todos. En Buenos Aires, el Comisario de Migraciones, Juan Alsina los calificaba de “inmigración exótica”⁷ y no los quería cerca de la gran ciudad; en Misiones, el agrimensor Fouilland sostenía que:

“de las varias regiones de Europa, el campesino trae sus prácticas agrícolas y porfía en su aplicación, tratando de bárbaros y salvajes a los que hacen diferentemente; gasta sus energías en tareas ímprobos, malgasta sus pequeñas economías y finalmente atribuye la falta de éxito al clima, a la sabandija, a los bosques, etc., cuidándose mucho de confesar que él nomás tiene la culpa por no haber sabido adaptarse a las nuevas circunstancias que lo rodean”.⁸

Queda así de manifiesto el problema de las relaciones hombre-medio físico. El agricultor polaco transplantado bruscamente a un medio distinto del suyo, no pierde de la noche a la mañana la experiencia acumulada durante generaciones en su hogar. Es lógico que aplique en la nueva tierra sus propios hábitos agrícolas. Debió haber un largo período, cuya extensión dependía del grado de permeabilidad cultural del inmigrante, en el cual se produjo el reajuste de los hábitos que les permitió pasar de esas primeras décadas de dificultades laborales a ser hoy los principales productores de la región.

Desalentados las calamidades y la falta de incentivos para continuar con sus actividades agrícolas, algunos años después de haber arribado a Misiones, la familia Szychowski decide dejar esta tierra y regresar a Europa o dirigirse a Canadá, tal como lo habían pensado al dejar Polonia.

En 1914 el joven Juan viaja a Buenos Aires, en compañía de su padre, Julián con el fin de procurar trabajo en esta ciudad y así lograr los recursos necesarios el regreso. Allí consiguió trabajo en una herrería, en cuyas inmediaciones existía un taller que contaba con un torno de precisión, de origen alemán. Juan logró que su dueño le permitiera trabajar en él, y así aprender su funcionamiento, para poder construir otro. Padre e hijo permanecen Buenos Aires, pero el estallido de la I Guerra Mundial les hará cambiar nuevamente sus planes.

De regreso a Apóstoles, Juan instala una herrería y comienza a construir su propio torno, a pesar de no poseer ninguna preparación técnica, ya que había tenido que abandonar sus estudios al emigrar a América. Construyó así, con sus propias manos el primer torno, inicialmente de madera, con fresa de acero, el que accionaba con un malacate a tracción a sangre, con un burro, “al que bautizó Platero, como aquel de Juan Ramón Jiménez, una historia que siempre le gustó. Hay gente que no lo quiere creer, pero yo lo he visto con mis propios ojos, estuve al lado de él y muchas veces de noche lo alumbraba con un farol en sus trabajos”. relatará años más tarde su esposa. “Para colaborar yo puse una especie de pequeña pensión y daba de comer a los ocho o nueve obreros que trabajaban con él. Éramos como una gran familia”.⁹

Luego, con ese apoyo, en el año 1917, fabrica un torno de metal. No poseía ni una sola pieza comprada. Todas las poleas, engranajes y los platos fueron forjados, pulidos y limados por él. Con fundamentos, se presume que éste fue el primer torno de precisión construido en la Argentina.

Aún hoy, 80 años después, muchos ingenieros se acercan hasta La Cachuera, a admirarlo. Con este torno, y en su legendario taller, realizó toda la complicada maquinaria para la molienda y envasado de yerba mate, como así también un molino de arroz y una fábrica de almidón de mandioca.

Mientras tanto las adversidades continuaban. Los cultivos seguían siendo amenazados por la hormiga minera que devoraba los sembradíos una y otra vez. Cuando la noche se aproximaba, Bronislada y los cuatro hijos mayores cortaban ramas tiernas de paraíso y de ortiga brava, y las depositaban cerca de los hormigueros. Los insectos al encontrar alimento de su agrado alrededor, no llegaban a los cultivos de maíz, mandioca y las huertas. El arroz, en cambio, estaba protegido por el agua.

Al no existir hormiguicidas, Szychowski construyó un dispositivo para combatir al principal enemigo de los agricultores. Funcionaba poniéndole carbón encendido y azufre. Se lo ubicaba sobre el hueco del hormiguero y se lo accionaba, soplando aire sulfurado con anhídrido carbónico, tapando los conductos con tierra.

La vigilancia nocturna de los sembrados era una práctica habitual. Se debía cuidar que los carpinchos u otros roedores no llegaran a los cultivos. Previo aviso a los vecinos, se juntaban las “armadillas”, consistentes en escopetas a las que se acondicionaba un alambre atado al gatillo que, tensado, atravesaba el trillo de los carpinchos. A la noche, cuando caminaba por la huella, tropezaba con el alambre tensado y accionaba la escopeta, dando muerte al depredador. De todas maneras, eran muy apreciados por su carne, que se adobaba con sal y especias, y se la asaba en hornos de barro. La solidaridad estaba muy arraigada entre los vecinos. La supervivencia dependía en gran parte de la colaboración mutua, especialmente durante las cosechas. Se disponían cuadrillas de trabajo, que trabajaban en forma rotativa en las respectivas chacras.

Esos encuentros, denominados “pucherones” o “ayuntorios” (palabra derivada del portugués, que significa ayuda), facilitaba la recolección pues era casi imposible que cada colono sin ayuda pudiera hacerlo. Las mujeres preparaban abundante comida para todos, realizaban tareas menores y cuidaban los niños.

Nada se desperdiciaba. Los marlos de maíz se guardaban con el propósito de utilizarlos para la combustión en las cocinas, los granos eran para consumo familiar y la venta o canje por mercaderías en Posadas y Santo Tomé.

Al fallecer Don Julián hereda la chacra su hijo Juan, que junto a su esposa, y sus ocho hijos emprende una tarea admirable.

Quizás el mayor aporte a la provincia haya sido el cambio producido en las relaciones de trabajo. En La Cachuera, los trabajadores no sólo encontraban empleo, sino que era el lugar donde recibían un trato familiar y solidario. Desde principios de siglo la explotación de los trabajadores de los yerbales era denunciada en los periódicos: bajos salarios, trabajo infantil, engaño en los contratos, jornadas de sol a sol. El “mensú”, es decir, el peón al que se le pagaba mensualmente por su trabajo en la explotación extractiva de la yerba mate, era explotado salvajemente y cuando trataba de huir se lo azotaba, incluso hasta provocarles la muerte. Eran hombres que a los diez años de realizar estas tareas quedaban físicamente deformados, consumidos, quedaban reducidos en la flor de la edad a ruinas vivientes. El dejar de trabajar en la extracción en los yerbales silvestres para emplearse en los establecimientos agrícolas, como La Cachuera, fue un cambio que redundó en la mejor calidad de vida de los tareferos (zafros). La cruel explotación del mensú se fue transformando. Los Szychowski compartían las tareas rurales y también la mesa, donde no había diferencias en el trato por ser empleado, todos comían los platos preparados por Doña Broña en el horno de barro construido por su esposo.

Fue tan distinto el trato que se recibió en La Cachuera, que hasta hoy se percibe el orgullo que los trabajadores de La Cahuera sienten por Don Juan, aunque incluso no lo haya conocido. El espíritu de trabajo en común, de patrón y empleado, aún se conserva. Como símbolo de esa nueva relación, no se puede pasar por alto que Don Juan haya querido estar enterrado junto a su amada Broña, a su primer obrero, Angel Sequeira y su esposa, Gabriela Díaz.

Los vecinos, lo consideraban un oráculo en cuanto a temas yerbateros. Se sabía en la zona que, una sola mirada evaluaba para qué cultivo podía servir un suelo. Si bien casi no había recibido educación formal, siempre se había dedicado a la lectura. Al atardecer, se acomodaba en un sillón y se entregaba por horas a la lectura. Su orgullo era poseer una biblioteca muy completa.

Se lo consultaba sobre todo lo relacionado con la producción de la yerba mate, sobre las complicadas instalaciones de irrigación de los arrozales, y muchas veces actuó como árbitro en las cuestiones vecinales. Sus fallos nunca fueron discutidos. La rectitud de su carácter y su sabiduría garantizaban sus decisiones.

La casa de Don Juan y Doña Bronislada fue siempre un centro de hospitalidad y consejo para los colonos de la zona, que recurrían a ellos en busca de ayuda, ya fuera por cuestiones de cultivos o personales.

Buscando una fuente de energía, Don Juan construyó una represa sobre el arroyo Chimiray, límite natural entre las provincias de Misiones y Corrientes, que se encuentra dentro de la propiedad de La Cachuera. hecha mediante el primer permiso que se obtuvo en el país para hacer una obra de este tipo en un límite interprovincial, según los indicios con los que cuenta la familia Szychowski.

Después de haber hecho los planos de estratificación del valle, proyectó y edificó la represa a lo ancho del arroyo. De esta manera creó un lago artificial desde el cual, por medio de un canal, que abre a pala y pico con la ayuda de dos obreros, desvió el cauce hacia una caída de varios metros. Así consigue poner en movimiento una rueda de seis metros y medio de diámetro, la que posteriormente sustituyó por la actual turbina tipo Kepler, también proyectada y construida por él, que mueve la dínamo generadora de energía. Si bien La Cachuera cuenta con una planta moderna de generación de energía, para equilibrar posibles déficits en la red, todavía está en uso la represa y la usina construida por Don Juan en el arroyo Chimiray.

Durante las décadas de 1920 y 1930, Juan y sus hermanos sembraron sus tierras con arroz y yerba mate. Don Juan construyó dos molinos accionados por la turbina que él había hecho a mano.

Con las ganancias obtenidas compró más tierras y expandió sus molinos para que le sirvieran a toda población vecina.

Don Juan constituyó la sociedad Juan Szychowski y Cía. junto a un técnico mecánico norteamericano que luego le vende las acciones al tener que radicarse por motivos familiares en Bolivia. En 1937 deciden construir un molino yerbatero –el más antiguo que quedó en actividad en Misiones– como una alternativa para obtener mayor valor agregado a la producción. En ese entonces existía la prohibición de implantar nuevos cultivos de yerba mate y sólo se permitía cosechar el cincuenta por ciento de lo producido.

Si bien en La Cachuera se cultivaba yerba mate desde el año 1920, recién en el año 1936 Don Juan comienza la instalación del primer molino yerbatero con maquinarias construidas totalmente en su taller. La yerba molida era envasada en bolsas de 20, 30 y 40 kilos que llevaban los nombres de los clientes, en su mayoría almacenes mayoristas de Misiones y Corrientes. La yerba era embolsada y atacada con barretas de acero a fin de compactarla. Se pesaban las bolsas y con chapas caladas, cepillos y anilinas, se estampaban la marca y el peso.

Los caminos eran de tierra, lo que dificultaba el desplazamiento de los productos hacia los centros de comercialización y consumo. Cuando llovía, los camiones quedaban atascados en el barro, a veces por varios días. El transporte seguro se hacía por ferrocarril. En esos tiempos, operaba la Comisión Reguladora de la Yerba Mate que, en una actitud que favorecía los intereses de los grandes molineros bonaerenses, logró que el ferrocarril priorizara el traslado de la yerba sin industrializar. De esa forma se vieron perjudicados los pequeños molinos de la zona y la industria regional.

Aprovechando el servicio de pago contra reembolso instrumentado por el Correo Argentino, se impulsó el envasado de yerba molida, en bolsitas de uno, cinco y diez kilos, que se remitían en encomiendas a los consumidores. La modalidad adquirió un incremento importante en la incipiente industria yerbatera de la zona, pero otra vez intereses extraprovinciales lograron que el servicio fuera suspendido. Esta coyuntura impulsó a La Cachuera a lograr el envasado del producto en paquetes.

En el año 1940, Don Juan Szychowski construye la primera máquina envasadora para yerba mate y en el año 1950 construyó otra prensa con cuatro bocas de alimentación y prensado en la que trabajaban ocho operarios en forma conjunta, significando un gran avance dentro del sistema de envasado.

Una tercera prensa fue construida en el año 1953 con piezas que correspondían a motores a vapor de un barco, cuyos restos se encontraban en un astillero de la ciudad de Posadas. La capacidad de producción se incrementó sensiblemente y entre las dos bocas de acción podían tener una capacidad de envasado de aproximadamente 100 a 120 paquetes por hora, según la habilidad de los operarios.

En 1948 se forma la sociedad Juan Szychowski, en la que ingresan todos los hijos, que junto con sus descendientes integran la empresa familiar. El nombre de la yerba “La Cachuera” resultaba de difícil pronunciación, y se lo cambió por “Amanda”. Nombre que aún conserva.

El 11 de enero de 1949 se expidió el pasaporte argentino n° 1546. Don Juan había decidido ser ciudadano argentino. Para ese entonces ya era considerado un industrial, entre los datos consignados en el documento se aclara que es casado, nacido el 28 de febrero de 1890 en Borszön, provincia de Galitzia, Polonia, de 1,73 m de estatura, cutis blanco... industrial.

“Mi esposa y yo, nos naturalizamos argentinos ahora, y el resto de la familia son ciudadanos argentinos por nacimiento. Estamos orgullosos de ello. Este país ha sido bueno con nosotros.”¹⁰

“Esta es mi mayor prueba de renuncia a mi país de origen, pero también es mi mayor prueba de gratitud a este país que me permitió criar a mis hijos con dignidad y libertad, que son el principio básico de todas las cosas, no importa adónde ni con quién se esté, sin ellas no existe la posibilidad de ser alguien, sin ellas no se puede concebir la vida.”¹¹

Su hijo Albino, recuerda como un momento muy especial en la vida de su padre el hecho de recibir el documento argentino:

“Cuando lo recibí mi padre sintió una emoción profunda, reacción que muy pocas veces exteriorizaba y una alegría sin límites. Lo mostraba con orgullo a su familia y a cuantos lo quisieran ver. Y es que señalaba su total identificación con un país que había premiado su sacrificio no sólo en el orden material y como recompensa a su entrega, sino lo que más amaba, su familia, los amigos, en una frase, el arraigo total. La patria natal que todos los polacos sienten como una dolorosa búsqueda de libertad, se encuentran donde se encuentran, no se había borrado de él. Un amor no quita nada a otro sino que lo enriquece y mi padre se sentía en ese aspecto un millonario total.

Esa noche en que mi padre enseñó su Pasaporte Argentino a los familiares reunidos en la mesa del comedor de La Cachuera, se destapó por primera vez una botella de champán”.¹²

El señor Franc Shor y su esposa Jean, periodistas de la “National Geographic Magazine”, hicieron una recorrida por toda la Argentina y visitaron las instalaciones de La Cachuera a fines de 1956. Al conocer la obra de Don Juan, y compartir con él largas charlas, quedó tan impresionado por lo visto, que dedicó un capítulo a la figura y la obra de éste. Las consecuencias de aquella publicación fueron casi abrumadoras para la humildad natural de Don Juan, ya que fue literalmente bombardeado por correspondencia proveniente desde las Filipinas, Canadá, Estados Unidos y África. Alguien le enviaba extrañas semillas para que experimentara con ellas en Misiones, otros le pedían consejos sobre plantaciones industriales, u opiniones sobre la construcción de edificios adaptados a climas tropicales.

En el mes de enero de 1957, la “National Geographic Society” de los Estados Unidos de Norteamérica, lo nombra Miembro Honorario, extendiéndole el certificado correspondiente, considerando la magnitud de su obra, y exaltando la necesidad e ingenio de este hombre que siendo autodidacta, pudo fabricar engranajes de complicadas cajas de velocidades, con tanta precisión y sin ningún error; que sin saber dibujo técnico, realizó trazado de planos con ayuda de “instrumentos de medición” ideados por él mismo; que proyectó y construyó una represa sobre un cauce caudaloso; y que, sin conocimientos científicos de estática, construía las vigas de los techos de los enormes edificios para los secaderos y depósitos de su empresa.

Don Juan Szychowski murió el 13 de mayo de 1960. Trabajó casi hasta el último instante de su vida. Su tumba se halla en la cima de una colina elegida por él como su última morada, desde donde se aprecia una vista panorámica del valle, del dique y la cascada, y las verdes plantaciones de yerba mate.

Está tan presente en la sociedad su dedicación al trabajo que en 1985, la Provincia de Misiones como homenaje a su historia de vida le otorga post mortem la Orden de la Yerba Mate, instituida por el Ministerio de Asuntos Agrarios. Con el orgullo de saberse descendientes de este gran pionero, sus hijos la recibieron en su nombre. De la misma manera que lo hicieron cuando en 1999, la Municipalidad de Apóstoles le otorgó la primera Distinción Andresito a la Cultura del Trabajo, habiendo pasado ya casi treinta años de su muerte.

Doña Bronislada, la compañera de vida y de trabajo de Don Juan, también es recordada de una manera muy especial.

Fiel al espíritu de del matrimonio Szychowski, en 1989 se crea la Fundación Bronislada Kruchowski de Szychowski, con el principal objetivo de ayudar a la comunidad misionera, al hombre de campo y a todo aquel que quiera desarrollarse y progresar, atendiendo temas como la salud, el deporte, la educación y la cultura, mediante becas de estudio en todos los niveles.

En el año 1991 con los fondos donados por La Cachuera SA, se finalizó la construcción de la Escuela Especial N°5 “República de Polonia”, de la ciudad de Apóstoles, con instalaciones especialmente preparadas para 100 niños discapacitados. En las proximidades de Gobernador Virassoro, 1992 se creó la escuela primaria “La Negrita” y recientemente se construyó el jardín de infantes.

La Fundación apoya acciones de difusión y de información sobre temas de conocimientos científicos y de protección de la vida silvestre. Asiste al menor huérfano, a los ancianos, discapacitados, a personas carenciadas y a la familia, a través de aportes y donaciones a hospitales, centros de asistencia de salud, apoyo comedores escolares y donaciones de material didáctico. Premia a personalidades destacadas por labores en beneficio de la comunidad y a quienes preservan las costumbres y el folclore misioneros. También instituyó la medalla al mérito policial, para aquel policía, destacado en acciones de arrojo por el bien público.

Carolina Szychowski, hija de Don Juan y Doña Broña, preside la Fundación que la recuerda y le rinde un homenaje cotidiano. Indudablemente este matrimonio de polacos dejó su impronta en sus descendientes que de una u otra manera continúan los mismos caminos trazados por sus mayores. Carolina al igual que sus padres no pudo terminar sus estudios siendo niña, Don Juan los había tenido que dejar porque se marchaba de Polonia y Doña Bronislada porque debía cuidar de sus hermanos y ayudar en la casa. Carolina y sus siete hermanos se criaron en la chacra, en tiempos difíciles, signados por la estrechez económica y el sacrificio de sus mayores para sacar adelante a la familia. Al enfermarse su madre, la niña dejó el colegio y se dedicó al cuidado de sus hermanos menores. Hoy es una señora de 80 años, que una parálisis cerebral la obligó a usar una silla de ruedas, y que fiel al espíritu de los Szychowski no se dejó vencer por ninguna adversidad. Sigue siendo un ejemplo de vida para su comunidad como lo fueron sus padres. Hace poco tiempo decidió concluir sus estudios, que habían sido eternamente postergados. Rindió libre el último grado de la escuela primaria y ahora es alumna de la Escuela Secundaria Abierta, donde recibirá su diploma de bachiller, quizás el paso previo a cumplir su sueño de ser asistente social y sacar a los chicos de la calle.

Al frente de la Fundación Bronislada Kruchowski de Szychowski, promueve diversas obras solidarias y personalmente recorre todas las obras de beneficencia y continúa poniendo en marcha sus iniciativas. El último emprendimiento de la Fundación es la construcción de un vivero donde se puedan cultivar flores bajo su dirección y cuyas ganancias serán destinadas a las obras solidarias.

Carolina no sólo se dedica a la Fundación, sino que participa en el directorio de La Cachuera. En ella se reúnen el espíritu incansable de su padre y el cariño de su madre, continuando la labor de Don Juan con el mismo espíritu de su madre que apuntaló los emprendimientos de su esposo.

La relación familiar que nació con Don Juan se transmitió a sus hijos y nietos. Tanto es así que la empresa aún conserva este espíritu de cooperación y solidaridad, que sus descendientes y empleados decidieron hacer un Museo para homenajear a este hombre, ejemplo de vida y de trabajo que llegara en el año 1900 para quedarse y darle lo mejor de sí a su nueva patria. Como parte de los festejos por los 100 años de la llegada de los primeros inmigrantes polacos y ucranianos a Misiones se inauguró el Museo Juan Szychowski., totalmente realizado en el ámbito donde se desarrolló la vida de Don Juan.

El 26 de agosto de 1997 se inauguró, entonces, el primer Museo dedicado íntegramente a un hijo de Polonia. En esa oportunidad Don Pancho Szychowski recordaba algunos aspectos de lo logrado por su padre:

“Y el ciclo inexorable que se cumple en sus vidas. Don Juan ocupó entre ellos un lugar preponderante porque sumó algo muy especial: su humildad. Papá, hoy tus descendientes quieren recordar tu obra y tus esfuerzos para que perdure tu ejemplo, por eso hoy tus hijos, tus nietos, tus bisnietos seguimos unidos y luchando para concretar tus sueños. Sueños que ya son nuestros. Por eso pedimos a Dios su apoyo, para guiarnos, para transmitirnos tu espíritu de lucha su creatividad, su amor a la familia y el amor a esta tierra donde algún día también encontraremos la paz.”

El lote 283, Ensanche Sur, donde se instaló la familia Szychowski, fue la base de lo que hoy es La Cachuera, un establecimiento industrial que forma parte de lo actualmente se denomina “Grupo Amanda”, con subsidiarias en Siria, Brasil y Uruguay. Además, posee una empresa en la provincia de Buenos Aires dedicada a la producción, industrialización y comercialización de miel de abejas de marca propia. La Cachuera es una de las cuatro mayores empresas yerbateras del país, segunda en exportación y dueña del molino yerbatero más automatizado del mundo, con una capacidad de molienda de 100 toneladas diarias.

Las 83 hectáreas del establecimiento se han ampliado con el agregado de 100 hectáreas, hacia el otro lado del arroyo Chimiray, en la provincia de Corrientes. La parte industrial está ubicada en Misiones y las plantaciones en Corrientes; en esta provincia funcionan independientemente el establecimiento La Negrita de 1400 hectáreas, de las cuales 700 son plantaciones de yerba mate de mediana y alta densidad, en las que se aplican nuevas técnicas desarrolladas por la empresa, tanto en el vivero como en el sistema de plantaciones, labor que recibió una distinción a Emprendimientos Rurales en la Exposición Rural de Palermo de 1998.

Allí se trabaja desde hace años con base genética para lograr plantas de un tamaño adecuado que permita la cosecha mecánica. Y desde 1993, también sobre implantación mecánica para bajar costos y obtener mayor productividad.

Junto con la Facultad de Ingeniería Química de la Universidad Nacional de Misiones se han desarrollado sistemas de cámaras de homogeneización y de estacionamiento acelerado, logrando entre treinta y cuarenta y cinco días lo que en un depósito natural tarda hasta un año y medio.

Cuatro generaciones de la familia aportan trabajo e ideas que se concretan en la actual planta industrial yerbatera, con una capacidad de molienda y envasado de 10.000 kilogramos hora, siendo la más antigua de las empresas yerbateras de la Provincia aún en actividad. En el modernísimo complejo industrial yerbatero de 9.000 metros cuadrados cubiertos trabajan más de 100 operarios, muchos de ellos descendientes de los colonos polacos que llegaron hace un siglo.

Esta es la obra de Juan Szychowski, un inmigrante más de los miles que llegaron a la Argentina, con la esperanza de un futuro basado en el trabajo.

Citas

- 1- Memoria de la Dirección General de Tierras en el período administrativo de 1922-1928. Buenos Aires, 1928, pág. 16
- 2- AGN, MI, 1898, L.10.
- 3- Vogt, Federico. La colonización polaca en Misiones 1897-1922. Apóstoles, 1997. Pág. 28.
- 4- Shor, Franc y Jean. Argentina: Young Gigant of the Far South. En: The National Geographic Magazine. Washington, marzo de 1958. Pág.300
- 5- Niklison, José Elías. “Informe” en Boletín del Departamento Nacional de trabajo. N° 26, Buenos Aires. Abril de 1914. Págs.107/108.
- 6- Shor. Pág. 300
- 7- Swederski, Graciela y Jorge Farjat. La inmigración. Arte y memoria audiovisual. Buenos Aires, 1999.
- 8- Observación hecha por F. Fouillard, reproducida por Alfredo Bolsi en Folia Histórica del Nordeste. N°7. Instituto de Historia de Humanidades- Universidad Nacional del Nordeste. Instituto de Investigaciones Geohistóricas- Conicet. Fundanord. Resistencia, 1986. Pág. 93
- 9- Szychowski, Albino. Mi querido papá. Posadas. S/D. Pág. 12
- 10- Shor. Pág. 301
- 11- Video de Centenario de Apóstoles. 1997
- 12- Szychowski. Pág. 34

Bibliografía.

AGN, MI, 1898, L.10

Allasia, Bernardo. Apóstoles su historia. Ed. Lumicop. Posadas, 1974.

AA.VV. I Jornadas sobre poblamiento, colonización e inmigración en Misiones. Ediciones Montoya. Posadas, 1999

Bartolomé, Leopoldo. Colonias y colonizadores en Misiones. Instituto de Investigación, Facultad de Humanidades, UNaM. Posadas, 1982.

Botana, Natalio. El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916. Editorial Sudamericana. Buenos Aires, 1977.

Cambas, Aníbal. Proceso de la colonización en Misiones. Academia Nacional de la Historia. Buenos Aires, 1977.

- Cambas, Graciela y Alejandro del Valle.** El origen de la colonización eslava en Misiones. Apóstoles. 1997
- Duroselle, Jean Baptiste.** Europa, de 1815 a nuestros días. Vida política y relaciones internacionales. Ed. Labor. Barcelona, 1968.
- Folia Histórica del Nordeste.** N°7. Instituto de Historia de Humanidades- Universidad Nacional del Nordeste. Instituto de Investigaciones Geohistóricas- Conicet. Fundanord. Resistencia, 1986.
- Gori, Gastón.** Inmigración y colonización en la Argentina. Buenos Aires, 1964.
Memoria de la Dirección General de Tierras en el período administrativo de 1922-1928. Buenos Aires, 1928.
- Museo Szychowski.** Documentación y entrevistas.
- Niklison, José Elías.** “Informe” en Boletín del Departamento Nacional de trabajo. N° 26, Buenos Aires. Abril de 1914.
- Oszlak, Oscar.** La formación del Estado argentino. Editorial de Belgrano. Buenos Aires, 1985.
- Sagastizábal, Leandro de.** La yerba mate y Misiones. Historia Testimonial Argentina. Centro Editor de América Latina Buenos Aires, 1984.
- Shor, Franc y Jean.** Argentina: Young Gigant of the Far South. En: The National Geographic Magazine. Washington, marzo de 1958. Pág.297-352
- Schiavoni, Gabriela.** Colonos y ocupantes. Parentesco, reciprocidad y diferenciación en la frontera agraria de Misiones. Editorial Universitaria, UNaM. Posadas, 1996.
- Stefanetti Kojrowicz, Claudia.** Compilación de artículos periodísticos sobre el Centenario de Apóstoles. Museo Roca. CEI. Buenos Aires, 1997
- Swederski, Graciela y Jorge Farjat.** La inmigración. Arte y memoria audiovisual. Buenos Aires, 1999.
- Szychowski, Albino.** Mi querido papá. Apóstoles. S/D
- Vasylyk, Myjailo.** Inmigración ucrania en la República Argentina. Una comunidad por dentro. Universidad Católica Ucrania San Clemente Papa. Filial Buenos Aires. Ed. Lumen. Buenos Aires, 2000.
- Vázquez Rial, Horacio.** La formación del país de los argentinos. Ed. Vergara. Buenos Aires, 1999
- Video del Centenario.** Apóstoles. 1997
- Vogt, Federico.** La colonización polaca en Misiones, homenaje a la Colonia de Apóstoles en el 25 aniversario de su fundación. Reimpresión. Apóstoles, 1997.